

la Santa Casa de Guadalupe, de quien dicen sus Historias, que desde que empezó á señorearse con armas de los pueblos de México, su principal cuidado fué la introducción de la fé en ellos, haciendo poner en los templos de los ídolos, la Santa Cruz; y en el gran Cuet de México, en que adoraban á *Hueixolopustli*, el mayor de los fingido dioses, la Imágen de Nuestra Señora, que hoy se venera y adora en su santuario de los Remedios, como lo escribí en su Historia, para que la adorasen y venerasen, y para que hiciese enmudecer, como lo hizo, al demonio, que por beca de un ídolo, [que Bernal Diaz y los primeros conquistadores llamaban Huichilobos, corrupto el nombre por ignorancia de la lengua] les daba respuestas en sus nefarios y sangrientos sacrificios; el cual confesó á sus sacerdotes, que por estar allí aquella Imágen, no les hablaba como antes. Pase por piadosa conjetura, que todo cabe en la inefable humanidad, condescendencia y agradecimiento de esta divina Señora, á sus devotos conquistadores, y no se puede negar que fué singular crédito del gran Cortes, extremeño, y de los demás de su patria, que la Santísima Virgen eligiese entre todos sus Santuarios, el insigne de Guadalupe, de la patria de aquellos que con sus armas ganaron el Nuevo Mundo, y con su religión lo instruyeron en el gobierno, para poner nombre al más célebre y de mayor santidad que tiene toda la América.

Anotado tenía para este lugar, en el grande historiador de los casos del Perú, el Maestro Calancha, cómo la Santísima Virgen, en sus principios, inspiró á un piadoso caballero de los primeros conquistadores, llamado Francisco Pérez Lascano, trajera al valle de Pacasmayo, al pueblo de Cherrepe, (que hoy por el puesto en esta su Imágen, se llama *Pueblo Nuevo* para los españoles, pero no para los indios, que en prueba de lo que dije en el capítulo 15, núm. 140 conservan tenazmente su nombre originario) una copia de la milagrosa Imágen extremeña de Guadalupe, tan milagrosa desde que salió de su Santuario de Extremadura hasta que llegó al puerto de Pacasmayo, que parece que todo su viaje de casi tres mil leguas por uno y otro mar del norte y sur, fué una serie de continuados milagros en mar y tierra. Véalos el curioso, si quiere tener un buen rato, en el sobredicho autor, en el libro 2 desde el Cap. 2 hasta el 14, que yo no pretendo escribir de este insigne Santuario del Perú, ni de sus riquezas y grandezas, porque no piensen los mexicanos que quiero excitarlos á emulación con los raros ejemplos y extremadas demostraciones de los magnánimos Peruleros con su milagrosa Imágen de Guadalupe, no necesitando de ellos su piadosa generosidad. Traigo esta Santa Imágen, para hacer demostración de lo que estima la Señora su imágen extremeña de Guadalupe, y para que se vea cómo

quiso honrar con una Imágen milagrosa y un Santuario de Guadalupe, á los conquistadores del Perú, que eran extremeños, y ayudarles á vencer y extirpar las idolatrías del valle del de Pacasmayo, que estaba lleno de varios ídolos, como México, y todos se acabaron con la adoración de la Santa Imágen de Guadalupe, según dice Calancha, y sus abominables sacrificios de sangre humana, en que eran parecidos á nuestros mexicanos, como inducidos unos y otros del demonio, enemigo capital del género humano. Pues si para ayudar en el Perú á los extremeños, si para quitar á los indios conquistados por ellos sus idolatrías y supersticiones, se valió Dios de una copia de la Imágen de MARIA de Guadalupe de España, ¿por qué le quieren quitar á la que es Imágen verdadera de Nuestra Señora de Guadalupe del Cielo, como Ella misma la apellidó, este sobrenombre tan agradable á sus oídos, en la Imágen más grata á sus ojos, que tiene en esta tierra, según las demostraciones que ha hecho? Es sin duda, que como ha favorecido en España con tantos prodigios por la Imágen Extremeña de Guadalupe, así ha querido favorecer y amparar á estos Reinos del Perú y Nueva España, con otras dos Imágenes, también de Guadalupe, la del Perú, llamada así por ser copia de la de España, la de México, porque la Virgen le puso este nombre, y Ella sabe la causa, y nosotros experimentamos sus efectos. Y esto baste por lo que toca al sobrenombre de *Guadalupe*.

## CAPITULO XVIII.

*Quién fué Juan Diego, sus virtudes, y dichoso fin.*

Teniendo Juan Diego tanta parte en la Historia de la milagrosa Imágen de Nuestra Señora de Guadalupe de México, y habiendo sido tan singularmente favorecido de la Santísima Virgen, como consta de las veces que se le apareció y regaló con su soberana presencia, fuera faltar á las obligaciones de historiador, no darle cumplido lugar en esta narración.

Fué Juan Diego natural del pueblo de Quautitlan, lugar en tiempo de la gentilidad, y á los principios de la conquista, de los mayores de este Reino y de más numeroso gentío, cuatro leguas distante de México, al norte. Nació de padres humildes, de la categoría más ínfima entre los indios, que llaman *mazehuales*, que son los de servicio, para que se vea cuán uniforme es el espíritu de Dios en elegir para manifestar sus grandezas y anunciar sus prodigios, los más abyectos, los más viles y desestimados del mundo. Cuarenta

y ocho años vivió, por falta de quien le alumbrase con la luz de la fé, en las tenebras del gentilismo, guardándole la Providencia divina para que fuese de los primeros que con la apostólica predicación de los religiosos del Orden Seráfico, gozase de las misericordias que tuvo tantos siglos detenidas y preparadas para sus escogidos en este Reino. Bautizóse con su mujer, María Lucía [que así se llamó en el bautismo] el año de 1524, ó poco después, que fué en el que vino á este Reino, con sus fervorosos compañeros, el V. P. Fr. Toribio de Benavente, á quien por su extremada pobreza, y por lo mucho que la ensalzaba, llamaron los indios *Motolinia*, que quiere decir, *el pobre*. No sabemos lo particular de sus costumbres antes que le llamara Dios al bautismo; ni de haberse convertido tan presto, podemos calificarlas, pues es cierto que de aquella inculta selva de racionales fieras, traería Cristo á su aprisco, corderos y leones, ovejas y lobos, muy luego á los principios, para que sobresaliera más la eficacia del Santo Evangelio.

Lo que sabemos es, que asentaron en él, con la gracia que recibió en el bautismo, la fé y estimación de los misterios de ella, y la entrañable devoción á la Santísima Virgen, que con estar distante su pueblo de Tolpetlac, del de Tlaltelulco, por lo ménos más de dos leguas, acudía con grande puntualidad á la misa de Nuestra Señora, que todos los sábados se canta en el convento de San Francisco, y á la doctrina cristiana, que ese día, y los de fiesta, se usaba enseñar á los neófitos, y hasta hoy se usa á los niños y á los que no la saben, madrugando para esta función cristiana, antes del día; acción tan grande á los ojos de la Señora, que se la premió con los singulares favores que quedan referidos. Esta fé y devoción, es de creer acompañó con otras virtudes, que le hicieron capaz de la estrecha familiaridad que tuvo con la Madre de Dios, la cual se dignó aparecersele y regalarle con suma benignidad tantas veces.

Y siendo así, que ni la Sabiduría, ni la madre de la Sabiduría, entran en ánimas malévolas, ni en corazones manchados, habiéndose humanado esta Señora á conversar y tratar con Juan Diego con tanta llaneza y cariño que le llamaba con el amoroso nombre de *hijo muy querido*, nombrándose Madre suya, como ya vimos, indicio es cierto que tenía una alma muy agradable á sus ojos, y un corazón muy sincero, y una conciencia muy pura. Bien lo dan á entender aquellas regaladas y tiernas palabras, con que según refieren las historias y cánticos de los indios, le saludó la Soberana Señora en las Apariciones que ya dejamos escritas, en su propio idioma, que traducidas fielmente, quieren decir: *Hijo mío muy amado, y regalado pequeñito mío*; y aquellas que le dijo cuando se excusaba de llevar el recado al Obispo, por su humildad: *Hijo mío; bien pudiera Yo*

*valerme de otras personas para enviar al Obispo; pero conviene que seas tú, y no otro, el mensajero*; de las cuales bien se deja entender, que había en Juan mucho lastre de humildad y mucho peso de virtudes, pues no le levantaban tan crecidos favores de la Reina del Cielo, y que la candidez de su alma y la pureza de su conciencia, le hacían merecedor de que le hablase con palabras de tanta ternura, y con señales de tanto agrado, la Madre de Dios y Reina de los Angeles.

Y parece esto en tanto grado cierto, que como se sabe de algunos memoriales que escribieron indios políticos en su lengua, pero con caracteres de nuestro idioma, y de la tradición entre ellos derivada de padres á hijos, desde los que conocieron y trataron á Juan Diego y á María Lucía, hasta nuestros tiempos, era voz constante y notoria, que habiendo estos piadosos casados, oído de aquellos fervorosos predicadores del Orden Seráfico, engrandecer en un sermón la castidad y pureza angélica, y cuánto ama Dios á los que por su amor se abstienen de todo lo carnal comercio, aunque sea lícito, como lo es en el matrimonio, se encendieron en el santo deseo de vivir desde aquel día, no como marido y mujer, sino como hermanos, que ayudados de la gracia de Dios y de su especial asistencia, por particular inspiración divina (sin la cual no deben los casados emprender estas singularidades) se resolvieron de común acuerdo á este heroico propósito; y por lo menos, desde que recibieron, con el santo bautismo, la estola de la gracia, ó poco después, vivieron como dos ángeles, en perpétua continencia; que es raro ejemplo y buena prueba de lo que puede y hace la gracia de Dios en todos tiempos y en todas condiciones de personas, sin exceptuar ningunas; y que en su estimación, no son los más dignos de su especial asistencia, ni los más grandes, ni los más nobles, ni los más sabios, sino los más humildes, los más sencillos, y los más puntuales en la guarda de sus santos mandamientos. Dos indios [que otro dijera dos bárbaros] criados por más de cuarenta años á vista de las torpes costumbres del gentilismo, en que la sensualidad dominó tan despóticamente desenfrenada, y en aquel apetito desordenado era ley de sus acciones, apenas reciben el carácter de Cristo en el bautismo, cuando ya profesan los principios de la Religión Cristiana, los ápices de la ley Evangélica, la vida de los Angeles en la tierra, y los fueros de espíritus sin corrupción, en carne frágil. Ayer paganos, idólatras, sin conocimiento de las verdaderas virtudes, porque no lo tenían del Dios verdadero; y hoy practicando los ejemplos de aquellos pocos, que con admiración de la Santa Iglesia, vivieron en el matrimonio como si no fueran casados. Con este ejemplar de tan realzada virtud, pudieran confutarse y aún confundirse, los

que al principio de la conquista de ambos Imperios Occidentales, tuvieron á los indios, ó por fieras, como las que del todo carecen de entendimiento, ó por tan incapaces, que se podía poner en duda si lo tenían, ó por hombres, al menos, casi brutos; pero la Santa Iglesia Romana, ha tapado las bocas á los que arbitraron lo primero; y á los que lo último, la experiencia. Y la de este caso, nos persuade, que estos dos piadosos indios tuvieron buenos entendimientos, pues supieron obrar sus deberes; tuvieron verdadera sabiduría, pues supieron temer y servir á Dios: *Intellectus bonus omnibus facientibus eum Initium sapientie timor Domini.* Véase lo que de Juan Diego, de María Lucía, y su tío Juan Bernardino, escribí cuando traté de aquella antiquísima Relación de esta milagrosa Historia.

Las mismas Historias, y la tradición, contestan, que desde el día que se dedicó la primera Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, y se colocó en ella solemnemente la Santa Imágen, Juan Diego dejó su casa y su pueblo, y con licencia del Illmo. Prelado, se dedicó á vivir y á servir á la Santísima Virgen en la suya, perpetuamente, como lo cumplió, viviendo en aquel Santuario diez y siete años, haciendo los humildes oficios de barrer y de traer las cosas necesarias para la Iglesia y oficinas de la casa del Vicario de ella, con humildad, prontitud y devoción, ocupando largos ratos de tiempo que le sobaban de estos oficios, en meditación y contemplación delante de la Santa Imágen; en que debemos creer estaría muy aprovechado, después de tantos años de una vida tan pura y despegada del trato y conversación de los suyos, quien áun á los principios mereció ver cara á cara y conversar boca á boca tantas veces con la Madre de Dios, cuya devoción y comunicación es el más breve atajo para el trato familiar con Dios. Serían los puntos de su meditación, los favores con que en las cinco Apariciones ya referidas, le regaló la Santísima Virgen, las palabras de tanto cariño que le habló, las promesas que á él y á los suyos les hizo, el milagro de las flores, la Aparición de la Santa Imágen, la salud milagrosa de su tío, materia que en el corazón bien dispuesto del fervoroso Juan Diego, se encendería fácilmente á soplos de su ardiente meditación, en que caminan más los idiotas humildes amando, que los muy sabios, sin humildad, discurriendo y filosofando.

Es tradición, que barriendo una vez la Iglesia, le habló la Señora desde su Altar, y le avisó la cercanía de su tránsito. Así me han afirmado algunos estaba en aquella Historia mexicana que cité arriba; y todo es creíble de las finezas y demostraciones de la Señora con él, y de la devoción y puntualidad de Juan Diego en asistir á su Imágen y servirla en su Santa Casa; y de esta revela-

ción se hace alguna mención en la sobredicha Relación antigua que llevo otras veces citada, y que si puede ser, se imprimirá al fin de esta Relación, para los que gustasen de leerla.

En la Casa de la Virgen, vivió ejercitándose en obras de mortificación, ayunos y disciplinas, comulgando, con licencia del señor Arzobispo, tres veces en la semana, que es irrefragable argumento de su mucha pureza; en ella murió con bien fundadas esperanzas de su salvación, el año de 1,548, de setenta y cuatro de edad. Su mujer, María Lucía, falleció el de 1,529, dos años, no cabales, antes de la Aparición de la Santa Imágen. Su tío, Juan Bernardino, el de 1,544, á los trece años de ella. Tiénesese por cosa constante entre los naturales, habérseles aparecido y asistido á la cabecera la Santísima Virgen, á los dos, tío á sobrino, á la hora de la muerte, consolándolos para pasar con animoso aliento aquel decretorio trance. Así lo afirma aquella Historia manuscrita en lengua mexicana, que he citado otras veces; y no se le hará increíble á quien considerare los favores tan singulares que les hizo en vida, y la fina correspondencia de los dos, en particular de Juan Diego, á esta agradecida y amorosa Señora, la cual no les recataría su corporal presencia en la muerte, en que tanto más necesitaban de sus asistencias, que les franqueó en la vida. Yacen sepultados sus cuerpos en la primera Iglesia, que es hoy la inmediata á la casa de la vivienda, que reedificó el Lic. Luis Lazo de la Vega.

Su memoria vive impresa con caracteres indelebles, en los corazones de todos los mexicanos, y sus nombres estarán escritos (como la piedad nos lo persuade) en los Cielos, con aquestas palabras: *Hi sunt, quos aliquando elati et tumide Hominum habuerunt inderisum et insimilitudinem improperii. ¡Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter Sanctos sorsillorum est!* Estos, que veis con inmortal gloria en el Cielo, son de aquellos á quienes en la tierra tuvieron y tienen el mundo y los soberbios de él, por la horrura y desecho de los hombres, por gente bárbara é ignorante. Mirad'os y admiradlos ahora, contados entre los hijos de Dios, gozando de la dichosa suerte de sus santos para siempre; ¡que no hay sabiduría como servir á Dios, ni barbaridad, como no saber salvarse!

Dejó, á lo que he podido rastrear, un hijo, que lo era suyo, ó por tal era tenido. A este hijo, llamado Juan como su padre, dejó en herencia una Imágen, trasunto de la Original, que traía consigo, y que hoy tiene y conserva, por inestimable presea, el Lic. D. Juan Caballero y Ocio, de la cual, habiéndole yo preguntado en carta el origen de ella, el modo como la adquirió, me respondió en una de 21 de agosto de 1687, desde su hacienda de Puerto de Nieto, lo siguiente: